

APRENDICES | T1: E8 Santiago Dieste

Desgrabación corregida - Español

Link: [Aprendices IT1| Episodio 8: Santiago Dieste](#)

INTRO

Tanto a los estudiantes como a los chiquilines en casa, yo una cosa que siempre hablo con ellos es que si nosotros les pedimos menos de lo que pueden dar, está mal. Si les pedimos más de lo que pueden dar, está mal. Cuánto pueden dar, solo ellos lo pueden saber.

Si la escultura quedó horrible y... la escultura quedó horrible. Pero ¿yo hice el mayor de mis esfuerzos? Tendré que corregir, evaluar, interpelarme, qué es lo que hice bien, qué es lo que hice mal.

Pero esto es cuestión de hacer.

PREVIA

Claudia Brovetto.

Hola.

La líder del proyecto.

¿Todo bien?

Bienvenido.

Muchas gracias.

Lo que yo estoy haciendo es una investigación sobre mis propios procesos de creación.

Entonces estoy en un proceso de análisis...

Si, de autoanálisis.

De autoanálisis...

Bienvenido.

Gracias.

Cruzo las piernas, no pasa nada. Me muevo, no pasa nada.

No pasa nada. La idea es que estés cómodo.

Santiago, Aprendices, toma 1.

Un segundo nomás.

CHARLA

Mirá, yo como, profesionalmente, estrictamente me debo definir como escultor. Soy escultor. Si bien abordo distintos lenguajes, siempre lo hago desde la mirada del escultor.

Puedo utilizar una motosierra como herramienta o la cámara de fotos. O ahora, que estoy usando unos dispositivos piezoeléctricos como elementos para grabar sonidos. Pero todo lo hago desde la impronta del escultor.

La parte profesional sería esa. Y personal... Ahí me cuesta un poco más, pero creo que soy una persona con una impronta de familia muy fuerte, de abroquelarme en la familia, espalda con espalda, los cuatro juntos.

¿Cuáles son tus primeros recuerdos, en qué momentos de tu vida es que vos empezás a sentir que pasa algo con la forma, pasa algo con las costuras, pasa algo con esto?

Yo vengo de una familia, o de dos familias, donde la impronta, tanto de mi familia paterna como de mi familia materna, es de una primera instancia de la resolución de las cosas por uno mismo.

Desde una instalación eléctrica, sanitaria, electrodomésticos, zapatos; zapato pegado abajo de la mesa del comedor era un clásico: Novopren y aplastarlo con la mesa de comedor.

Uno de mis abuelos era ingeniero y el otro era sastre, entonces por los dos lados había como una impronta del hacer.

Mi abuelo ingeniero inventó un proceso de construcción y tuvo que inventar herramientas porque estaba inventando un proceso para el cual no había elementos específicos.

Mi otro abuelo, el sastre, tenía un taller de costura. Entonces eran lugares de hacer. En el taller de mi abuelo yo hacía... Tenía, en algún punto, un rol.

Entonces yo identifico ahí, al momento de yo tener inclinaciones hacia lo expresivo, me nutro de ese hacer para, como mi caja de herramientas vital, para poder llevar adelante mis cosas.

No puedo dejar de pensar también en esto que traés del hacer, pero no es cualquier hacer, sino que es hacer con los elementos que hay, que están, que están disponibles.

En esto de la circularidad de la vida, ¿qué de eso hay en tu vida hoy en esto de reciclar, en esto de hacer, también, no desde cero?

En mis procesos de creación hoy está muy presente el crear con lo que está dado. En muy pocas de mis obras trabajo con material comprado. Generalmente es, o un material de descarte de alguna situación, o madera que consigo de podas.

Es muy puntual las veces que yo parto de un elemento cero kilómetro, de un material, de una materia prima de primer uso.

Me pregunto también desde el desconocimiento si hay un primer momento en el que este escultor, un escultor, siente que esta fue su primer obra.

Mi primer obra consciente, o que yo considero mi primer obra consciente, es un dedo de plomo que fundí y se lo dejé a mis padres. Un dedo mayor que no me enorgullezco de haber hecho eso, pero era un gurí, un chiquilín de 16, 17 años.

Le fundí en plomo un dedo mayor a mis padres y se los dejé en la mesa, cuando ni bien abrí la puerta del apartamento, lo primero que te encontrabas era eso.

La fundición de un metal es un método técnico ancestral, pero no fue ese mi impulso a utilizarlo sino que mi abuelo materno y el tío de mi madre, uno de los tíos de mi madre, iban a pescar mucho. Para ir a pescar fabricaban sus propias plomadas.

Cuando yo fui creciendo, esa tarea me la encomendaron a mí y a uno de mis primos. Entonces, en una lata, en un parrillero en la casa de afuera, se ponía plomo de caños viejos, se fundía el plomo y se pasaba.

Una cosa que está mal porque es tremendamente venenosa y tremendamente peligrosa. Porque el plomo derretido es una cosa... Por suerte nunca tuvimos ningún accidente, pero ta. Esa era mi tarea.

El día que en la adolescencia tuve la necesidad de expresarles, por determinadas situaciones, a mis padres un mensaje, la herramienta que yo utilicé fue esa herramienta que tenía aprendida.

Entonces utilicé la misma técnica que usaba para hacer las plomadas y les fabriqué este dedo mayor a mis padres.

Pasó un montón de tiempo en la casa de mis padres, después recuperé; pasó un montón de tiempo tirado en el taller y ahora, hace poco, no sé por qué, lo puse en mi casa. Ahora me lo puse a mí mismo. O sea, lo resignifiqué. Ahora como padre me lo dedico a mí mismo.

Preguntarte en esto, también, de la consciencia, el después. Cuando ya ese dedo es un elemento de la casa, un adorno en la casa de tus padres, ¿después qué?

Eso fue como un pico, quedó ahí y pasó un montón de tiempo. Yo seguí haciendo alguna cosa, pero quedó ahí. Y recién al tiempo empecé a trabajar de forma más sistemática, siempre de forma autodidacta, al principio.

Mis padres, de forma muy generosa y desprendida, entregaron un pedazo de la terraza del apartamento, que no era muy grande, pero era lo que había, y me habilitaron ahí un espacio para hacer mis cosas.

Hasta un punto que ese espacio se agotó. Tuve algunos accidentes menores, me lastimé alguna vez y a través de la recomendación de un tío que le dijo a mis padres: "Lleven a este chiquilín a un lugar un poco más formal para que no se termine de lastimar en serio".

Hay una inquietud también de explorar con algunos materiales, explorar algún tipo de comunicación. ¿Qué es lo que pasa ahí? ¿Qué es lo que apremia?

Y... ahí lo que lo que apremia es el sentido. Lo que empieza a hacer ruido y a crujiar en los procesos es el sentido. Es el por qué, es el para qué, el cómo.

Y ahí es donde, después de determinados idas y vueltas en dos talleres particulares, caigo en un taller de un escultor que me dice: "Vos estás en un punto en el que necesitás una provocación de otro tipo". Me dice: "Te tenés que ir a Bellas Artes".

Yo había hecho cuatro años de Comunicación y ta, dejé y arranqué para Bellas Artes. Abandoné ese camino de estudio, esa carrera que había iniciado, que está buenísima, que aprendí mucho, pero la abandoné y me concentré en Bellas Artes.

Algunas personas con las que charlamos retrataban estas crisis como darse contra la pared y cambiar la dirección...

Para mí fue un momento muy difícil ese, porque era una universidad privada. Mis viejos habían hecho un esfuerzo sobrehumano para pagar esa universidad, pero... Había un tema en decir: "Bo, yo esto no lo voy a hacer más, no puedo más con esto; no me gusta, no me interesa".

Entonces había un problema grande para mí, que al final no fue tal porque en realidad nunca me dijeron nada. Ah, sí, me dijeron: "Podrías haberte dado cuenta antes". Pero bueno, los procesos son así, uno se da cuenta cuando se da cuenta.

La cuestión es que hubo un peso fuerte, se depositó una cosa muy fuerte en mí en esa decisión. Hice que mi familia hiciera un esfuerzo gigantesco por mí y yo ahora estaba abandonando ese esfuerzo. No es que no lo hubiera hecho yo el esfuerzo, pero lo iba a dejar ahí.

Eso no me detuvo. Seguí para adelante, me cambié a Bellas Artes y modifiqué mi forma de entender mi formación radicalmente.

Con eso también, recuerdo una situación puntual; en el primer año de Bellas Artes hay un ejercicio, creo que lo siguen haciendo, no sé, que es de igualación de color.

Ejercicio terrible, para mí fue terrible, en mi desconocimiento. Te daban una hoja A3 que tiene nueve cuadrados, nueve rectángulos de colores, y adentro de cada rectángulo de color tiene un agujero en blanco. Te dan los colores primarios y vos tenés que hacer ese color.

Es un ejercicio de largo aliento que vos lo desarrollás en un montón de tiempo. El plazo razonable a mí me llevó tres veces el plazo razonable. Nunca había pintado, nunca había hecho color. Y encima eran acrílicos, que tienen una característica técnica que, cuando vos los secás, vira el color.

Yo me había fabricado en mi casa, bien de obsesivo, bien de tipo repetitivo, me había hecho unas tiras de papel gigantes, una baldosa blanca y el secador de pelo. Entonces yo fabricaba el color, lo probaba en la tirita de papel, lo secaba rápido y lo comparaba. O sea, iba corrigiendo: más de esto, más de aquello.

Estaba haciendo eso y se levanta mi viejo de la siesta, yo todavía vivía con mis padres, se levanta mi padre de la siesta y me dice: "¿Qué estás haciendo?". "No, estoy estudiando". Me dice: "No, ponete a estudiar".

Cómo a pesar de conocer el universo del arte y bla bla bla, no concebía eso como un proceso de estudio, y contra eso también tuve que luchar. Que entendieran en mi casa que después de los cuatro años de universidad de comunicación, el hijo estaba haciendo pinturitas en una tirita papel, y que eso era estudiar.

Cosa que se revierte al poco tiempo cuando gano un premio y, extrañamente, todo aquel proceso, como del desgarre de la otra carrera, de verte pintando papelitos en la cocina o en el comedor, después del premio, todo eso como que empezó a verse de otra...

Como, a veces, la legitimación de un externo te legitima en tu núcleo más íntimo.

Me gustaría que nos trasladáramos un poquito más hacia atrás, hacia tu proceso en la escuela, que es donde uno más, por ahí, capaz que explora.

¿Qué señales había de que Santiago podría estar secando papelitos? ¿Qué pasaba ahí?

Lo que más recuerdo de la escuela, como que tenga vínculo con esto, es que yo amaba los días de lluvia en la escuela. Porque te habilitaban el placar de los materiales y podías hacer lo que quisieras.

Entonces me acuerdo perfecto de unas latas gigantes con crayolas, y lo que más me acuerdo era de las hojas de garbanzo de gramaje grueso, que de un lado eran brillantes y del otro lado eran rugosas. Para mí, esas hojas eran la gloria.

El olor de esas hojas, la textura rugosa de esa hoja, para mí era genial.

Tengo ese recuerdo de la escuela, como de disfrutar profundamente el recreo el día de lluvia.

Yendo un poquito hacia adelante. En el liceo, tenemos asignaturas, digamos. De alguna manera hay, por ahí uno entiende que hay menos márgenes para poder probar algunas cosas.

¿Qué te sucedió ahí?

El liceo, para mí, tuvo como dos momentos: el ciclo básico, de primero a tercero, transcurrí... No lo digo con orgullo, pero transcurrí. Y sí recuerdo con mucho cariño la etapa de cuarto, quinto y sexto de liceo, donde a pesar de esas limitaciones... Yo soy disléxico, cargo con esa... con mi dislexia a cuestas. Sin embargo, adquirí un montón de estrategias y habilidades para compensar eso.

Siempre fui un buen estudiante en el segundo ciclo del liceo. Entonces, ta, me rompía el alma estudiando y encontraba estrategias de redacción que me permitían compensar determinadas falencias que yo sabía que tenía.

Y tenía que estudiar y tenía que poder rendir en la forma en que se rendía antes, que era escribiendo. Y era mi falencia. O sea, yo eso no lo podía hacer bien.

Entonces yo encontré, en esos intersticios recorridos, donde me transformé en el rey del sinónimo, el rey de darle vuelta. Sin embargo hoy, las veces que me tengo que enfrentar a redactar cuestiones de mi propia obra me manejo muy bien... o más o menos, pero me manejo.

Aquí me acuerdo de una docente de Literatura en los exámenes obligatorios, cuando eran obligatorios, Sonia... Muy rigurosa, muy estricta, tremendamente estricta y rigurosa. Da todas las pautas. Me acuerdo: una señora bajita con dedos cortitos. Yo tengo una memoria visual y hay cosas de la gente que me distraen, dedos cortitos, bajita. Da todas las pautas del examen, termina, me mira, me dice: "Y usted, Dieste, usted escriba como quiera, pero escriba. Escriba. Como quiera, pero escriba".

Ta, y me acuerdo que ahí me destrancó, yo estaba muy asustado, mi primer examen, en esa libertad que me otorgó la persona, te libera para no hacerte, no cargarte, no tener presente que vos tenés que estar más atento.

Entonces, en esa liberación destrancó.

No puedo dejar de pensar, también, en el proceso como escultor. Me acordé de esto que me contabas de secar los papelitos de a poco y ser riguroso también.

Completamente. La escultura se puede hacer básicamente de dos maneras: por adición o por sustracción. La adición es sumar material a un elemento que estás haciendo y la sustracción es partir de un bloque o de un volumen superior al que querés hacer y sacar lo que sobra. Eso de miro el coso, saco lo que sobra: sustracción.

El proceso de sustracción es irreversible. Entonces, esa cuestión de en qué momento sacar el pedazo del bloque de madera viene también de estos procesos de aprendizaje.

Yo sabía que si yo escribía dos carillas y recién ahí leía, era irreversible, la macana ya estaba hecha. Por eso yo siempre entiendo mi vida desde lo ritual. Desde la repetición. De la repetición que te lleva a la profundización de un proceso.

Yo repito este proceso hasta que lo extenuo. Extenuarlo en el sentido de ta, y puedo manejarme de otra forma.

Me dejaste pensando mucho en estos dos procesos antagónicos de adición y sustracción. ¿Cómo podrías vincularlos en la educación y también desde tu rol como educador?

Yo en lo que los vinculo y en el rol que, entiendo, debo tener, es en elegir el método en función de la necesidad. No "yo tengo este método, yo trabajo así". Y no, no funciona "yo trabajo así", porque "yo trabajo así" no se aplica a todos los casos.

Yo, una cosa que siempre hablo con ellos es que, si nosotros les pedimos menos de lo que pueden dar, está mal. Si les pedimos más de lo que pueden dar, está mal. Cuánto pueden dar, solo ellos lo pueden saber.

Entonces siempre, tanto a los estudiantes como a los chiquilines en casa, siempre hacer el mayor de los esfuerzos.

Si la escultura quedó horrible y... la escultura quedó horrible. ¿Pero yo hice el mayor de mis esfuerzos? Y bueno, ta.

Tendré que corregir, evaluar, interpelarme qué es lo que hice bien, qué es lo que hice mal. Pero como en esta cuestión de hacer, que yo llamo al hacer. Llamo al usar las manos. Provocarte a moverte.

Y moverte puede ser haciendo streaming, eso también es moverse. Porque también tenemos que aceptar, a pesar de que a uno le resulte un lenguaje ajeno y un espacio completamente desconocido, ahí hay movimiento. Entonces ta, hágalo. Muévase.